

LA ADÚLTERA VIRTUOSA

de Antonio Mira de Amescua (¿1574? - 1644),

Acto I

- [versos 1-296](#)
- [versos 297-702](#)
- [versos 703-1022](#)

Acto II

- [versos 1023-1299](#)
- [versos 1300-1540](#)
- [versos 1541-1848](#)

Acto III

- [versos 1849-1992](#)
- [versos 1993-2225](#)
- [versos 2226-2587](#)

LA ADÚLTERA VIRTUOSA

Personas que hablan en ella:

- El REY de Nápoles
-
- El VARÓN
-
- El CONDE
-
- El marqués ASTOLFO
-
- El duque MAURICIO
-
- Don FELIPE de Cardona
-
- El duque CLAUDIO
-
- El marqués CARLOS
-
- FRISÓN, lacayo
-
- ALBERTO
-
-
- CATALINA, Reina de Nápoles
-
- Doña JUANA de Aragón
-
- Doña INÉS, camarera
-
-
- CLAUDIO, villano
-
- CORIDÓN, villano
-
- GACENO, villano
-
- JULIO, criado

-
- LUPERCIO, criado
-
- CRIADOS
-
- GUARDIAS
-
- CAPITANES

ACTO PRIMERO

*Salen el duque MAURICIO, y la duquesa doña
JUANA, su mujer, doña INÉS, su camarera, el duque
CLAUDIO, el marqués CARLOS, y gentiles hombres. Todos
salen como desposorio*

CARLOS: Ya en el domo, el cardenal
a vueselencias aguarda,
y en el palacio real
vi cercados de la guarda
los mármoles del portal.

CLAUDIO: ¿Qué falta para salir
agora a la santa iglesia?

MAURICIO: El rey.

CLAUDIO: Pues, ¿ha de venir?

MAURICIO: A honrarnos.

CLAUDIO: De su prudencia
más se puede presumir.

JUANA: Quiere honrarnos, siendo hoy
de nuestras bodas padrino;

que porque española soy,
me favorece.

CARLOS: Imagino
que oyendo la guarda estoy.

Dentro

GUARDIA: ¡Plaza, plaza!

MAURICIO: Él es, sin falta.
A recibirle salgamos,
pues una merced tan alta
de su clemencia alcanzamos.

CARLOS: Pienso que caeréis en falta,
 porque ya está arriba y llega
donde estáis.

Dentro

GUARDIA: ¡Plaza!

Salen el REY, el CONDE y VARÓN

MAURICIO: Señor,
mi humildad a estos pies llega,
pues tan inmenso favor

hoy deja la envidia ciega.

¿Cuándo, señor, merecí
que mi casa y su humildad
tal huésped tuviera en sí?

REY: Alzad, duque; duque, alzad.

MAURICIO: Quisiera tener aquí

riquezas para ofrecerlas
a estos pies; que sólo ellos
pudieran enriquecerlas,
[.....- ellos]
[.....- erlas]

y que del rubio arrebol
tapices el sol le diera,
sus Indias el español,
y, al fin, que esta casa fuera,
señor, la Casa del Sol.

REY: Duque, su adorno y concierto
es digno de gran valor.
A encarecerlo no acierto.
Poned la gorra.

MAURICIO: Señor...

REY: Basta, no estéis descubierta.

Y vos, señora, seáis
a esta tierra bien venida,
que enriqueces y adornáis.

JUANA: Ya que con alma y con vida
una criada tengáis
en mí...

REY: (¡Oh, España, perfeta **Aparte**
región, cielo en serafines,
a quien el orbe respeta,
muerto soy!) Para chapines
[os] doy, duquesa, a Gayeta.

JUANA: Merced de esas manos es.

REY: Y a Coloneta posean
vuestros pies; que razón es
que estos dos ciudades sean
chapines de vuestro pies.

JUANA: Como de tan gran padrino
son las arras,...

REY: Duque, a vos
por mil razones me inclino.
(¿Qué es esto? ¡Válgame Dios! **Aparte**
¿De dónde mi suerte vino?
Parece cosa imposible;
libre entré, cautivo estoy.
¡Oh, Amor, oh dios invencible!
Pero soy rey y hombre soy,
y enamorarme es posible).
¿No vamos?

MAURICIO: Gran señor, sí,
porque aguarda el cardenal.

REY: (Loco estoy, no estoy en mí. **Aparte**
¡Oh, española, por mi mal
y por mi muerte te vi!)
Vuestro padre, el duque, es

deudo mío muy cercano,
y un gran príncipe después.

JUANA: Es hechura de tu mano,
y yo alfombra de tus pies.

REY: Levantaos, ¡por vida mía!
La gente de España sola
sabe enseñar cortesía!
(Un infierno es la española, **Aparte**
y es su mano nieve fría).

¿Queda en Ribagorza agora
su excelencia?

JUAN: Hasta Colibre
me acompañó.

REY: ¡Hola! ¿No es hora?
¿Qué aguardamos? (Dios me libre). **Aparte**

MAURICIO: A vuestra alteza.

REY: Señora,
¿cuándo a la reina veréis?

JUANA: Mañana la iré a besar
las manos.

REY: ¡Hola! ¿Qué hacéis?
¿No vamos?

MAURICIO: Si das lugar,
sí, señor.

REY: ¿No le tenéis?
(Ya, Amor, te rindo la palma). **Aparte**

CARLOS: Al cardenal desigual
disgusto le da esta calma.

REY: (Ya me hace este cardenal **Aparte**
cardenales en el alma).

Vamos, duquesa. (¡Oh, cuál voy! **Aparte**
Ten lástima, Amor, de mí).

[A un lado los dos]

¡Conde!

CONDE: A tus pies estoy.

REY: Finge que me das aquí
un papel.

CONDE: Ya te le doy.

Señor, aqueste papel...

REY: ¿Es de la reina?

CONDE: Señor,
es de su alteza.

REY: ¿Y en él,
qué me escribe? (¿Cómo, Amor, **Aparte**
siendo niño, eres crüel?)

[A un lado CARLOS y CLAUDIO]

CARLOS: Las bodas vendrán a ser
muy tarde ya.

CLAUDIO: Por su alteza
se han venido a detener.

CARLOS: Ser tarde es mayor grandeza.

REY: Por fuerza he de responder.

Dadme recado. Llevad,
duque, a la duquesa al Domo,
y en ella un poco aguardad
mientras escribo. (¡Ya tomo **Aparte**
veneno!)

CLAUDIO: ¡Plaza!

CARLOS: ¡Apartad!

JUANA: Vuestra alteza dé licencia.

REY: Es darla muy justa cosa,
que se ve en vuestra prudencia
que sois cortés como hermosa,
y hermosa por excelencia.

CLAUDIO: Sospecho que las dos son.

MAURICIO: Llegan carrozas, ¿qué esperas?

*Vanse todos y quedan el REY, el CONDE y
VARÓN*

REY: (¡Ay, Elena de Aragón, **Aparte**
nunca a Nápoles vinieras,
si has de ser mi perdición!

Nunca tu fama creí,
pero tus ojos han sido
basiliscos para mí,
que en un instante han perdido

mi ser, y mátanme así).

Conde, Varón, no hay quien venza
mi enemigo, estoy mortal,
no hallo quien mi mal convenza.

CONDE: Señor, ¿qué tienes?

REY: Un mal
que se dice con vergüenza.

El alma tengo ofrecida
a un dios desnudo y sin ley.

VARÓN: ¿Hay vergüenza que eso impida?

REY: Sí, que enamorarse un rey
es bajeza conocida.

¡Ay, hermosa doña Juana,
divino sol de Aragón!

[..... -ana]

[..... -ón]

[..... -ana].

Nunca vieras las riberas
del mar; que, lleno de asombros,
vieras sus entrañas fieras
cuando en sus celosos hombros
pasó en salvo tus galeras.

A pesar de los timones,
las ondas se te cuajaron;
nunca ninfas ni tritones
por verte pasar, fundaran
espumosos torreones.

En vuestras manos está

hoy mi vida.

CONDE: ¿Eso, señor,
tanto cuidado te da?
Siendo rey y con amor,
¿quién resistirte podrá?

 Pero la que pasa allí
es, señor, su camarera.

REY: Pues, llámala. Estoy sin mí.
Mas no la llames, espera.

VARÓN: Luego, ¿tienes miedo?

REY: Si.

VARÓN: Pues, desengañarte puedo,
que será tu mal terrible.

REY: De Amor este miedo heredo,
que es hijo de lo imposible,
y es compañero del miedo.

 Más vale, conde, llamar.

CONDE: Voy.

Vase el CONDE

VARÓN: A esta mujer allana
con dar; que las vence el dar.
Eva tomó la manzana
porque supiese tomar.

Salen el CONDE y doña INÉS

INÉS: ¿Qué me manda vuestra alteza?

REY: Levantad.

INÉS: Muy bien estoy
delante vuestra grandeza,
que sois rey.

REY: Aunque lo soy,
tratadme con más llaneza.

 ¿De dónde sois?

INÉS: Soy, señor,
de España.

REY: Dicen que es bella.

[Aparte a VARÓN]

 ¿No entro bien?

VARÓN: Dile tu amor,
que yo he colegido de ella
que lo entenderá mejor.

REY: ¿Cuánto ha que acompañáis
la duquesa?

INÉS: En su servicio
nací.

REY: ¿Y en qué os ocupáis?

INÉS: En su cámara.

REY: ¿En qué oficio?

VARÓN: ¡Rey!

CONDE: ¡Señor!

REY: Necios andáis.

INÉS: Soy, señor, su camarera.

REY: ¿Está la duquesa inclinada
a fiestas? Que hacer quisiera
fiestas, si de ella se agrada.

INÉS: No, de ninguna manera

REY: ¿Suele a saraos acudir?

INÉS: Pocas veces.

REY: ¿Danza?

INÉS: Un poco.

REY: ¿Nota bien? ¿Sabe escribir?

INÉS: Bien, mas lo aborrece.

REY: (¡Loco **Aparte**
estoy!) ¿Tiene en el vestir
cuidado?

INÉS: No, que es modesta
en las galas.

REY: ¿Es amiga
de visitas?

INÉS: Si es honesta.

REY: ¿De terrero?

INÉS: Es enemiga.

REY: ¿Es conversable?

INÉS: Es compuesta.

REY: ¿Trata espejo cristalino?

INÉS: (Las preguntas que he escuchado **Aparte**

más son, a lo que imagino,
preguntas de desposado
que preguntas de padrino).

REY: Pues, ¿a qué se inclina?

INÉS: Al monte,
donde sigue el jabalí,
o por el verde horizonte
al oso, y al hallarle allí,
siguiera al rinoceronte.

 Cuando estaba en Ribagorza,
por los matizados ramos
mataba el gamo y la corza;
que son de bronce sus manos
aunque parecen de alcorza.

REY: ¡Hola! Desviáos allá.
Si de mi parte un recado
le das hoy, tuyo será
en Nápoles un condado,
y a mi cuenta quedará
 el casarte. ¿Qué te alteras?

Yo soy rey, y por un rey,
cuando tú en ello perdieras,
que hagas es razón y ley
lo que por ninguno hicieras.

 De tal suerte me ha dejado
su donaire y su hermosura
que hasta el alma me ha abrasado,
y no juzgues a locura

este amoroso cuidado.

INÉS: Señor, si no imaginara
que eres mi rey, de otra suerte
lo que me has dicho tomara.
Que soy española advierte,
y de sangre ilustre y clara.

 Y si como ese condado
me das, tu reino me dieras,
lo hubiera aquí despreciado
como por él me pidieras
tercería ni recado.

 Si el alma, señor, te engaña,
Nápoles te podía dar
actor de tan torpe hazaña;
que yo sé servir y honrar,
porque he nacido en España.

Vase INÉS

VARÓN: Señor, ¿cómo ha respondido?

REY: Ha respondido de suerte
que he quedado sin sentido.
La sentencia de mi muerte
me ha pronunciado y leído.

CONDE: Al fin, ¿respondió que no?

REY: No la escopeta preñada
de tal suerte respondió,

del pedernal agraviada
que con violencia le hirió.

VARÓN: Pues, señor, escribe luego
un papel, con que podrás
templar su desasosiego.

REY: Y si tú el papel le das,
pondrás templanza en mi fuego.

CONDE: Vamos, señor, que te aguarda
el cardenal, y con él
los novios.

REY: Llama a la guarda,
Varón. ¿Al fin, que el papel
veré en su mano gallarda?

VARÓN: Él templará tus enojos.

Sale CARLOS

CARLOS: A vuestra alteza real,
el cardenal...

REY: ¡Oh, qué enojos!
Vamos, que este cardenal
ya le llevo entre los ojos.

***Vanse, y salen don FELIPE de Cardona y el
marqués ASTOLFO, de camino***

FELIPE: Un pobre caballero soy de España,
y si otra cosa escriben, es engaño;
que un humilde criado me acompaña
en mis desdichas puede haber un año.

ASTOLFO: El que escribe esta carta no se engaña

ni pretende con ella vuestro daño;
amigo es vuestro, y tanto que la vida
pondrá por vos.

FELIPE: ¿La letra es conocida?

ASTOLFO: La letra es conocida y la persona
que la escribe lo es más.

FELIPE: ¿Veré la firma?

ASTOLFO: Dice la firma "El duque de Cardona,
y vuestro padre."

FELIPE: Basta. Si él lo afirma,
su hijo soy, que su valor me abona,
y en su sangre y nobleza me confirma,
la mía de su pecho la recibe.
Y en ella, ¿qué os escribe?

ASTOLFO: Esto me escribe:

Lee

He sabido que el Conde de Ampudias, mi hijo,
está entretenido en las galeras de vueseñoría.

Recibiréla muy grande en que le favorezca,
porque es fuerza que viva así encubierto hasta
que en desafío, como honrado caballero, venga
la muerte de don Carlos, su hermano, si el rey
se lo otorga. Vueseñoría le apadrine; que la
merced que recibiere correrá por cuenta mía.
Dios me guarde a vueseñoría mil años.
De Barcelona, y marzo . El Duque de Cardona.

FELIPE:

Ya, famoso marqués, que habéis sabido
quién soy, es justa cosa que os declare
la forzosa ocasión de haber venido
donde vuestro valor mi agravio ampare.
Salí de Cataluña, y he corrido
toda la Francia, y quiere Dios que pare
en vuestras baleáricas riberas,
coronadas de naves y galeras.

Es, marqués, mi propio nombre
don Felipe de Cardona,
porque de una misma suerte
duque y ducado se nombran.
Entre mi famosa casa
y entre la casa famosa
de los Aragones hay
una entrañable discordia.
Mas viendo el rey de Aragón

y el Conde de Barcelona
que la paz de un casamiento
todo lo allana y conforma,
concertaron de casarme
con la divina y hermosa
doña Juana de Aragón,
sol claro de Ribagorza.
Otorgados los conciertos,
para las arras y bodas,
dio cornerinas el Asia,
y dio el África heliotropias.
Otra vez el Pirineo
derritió sus blancas rocas
vertiendo sierpes de pala
que por su falda se enroscan;
que alegres del casamiento,
pienso que hacía de todas
virillas, para adornar
los chapines de mi esposa.
Hasta el mar quedó empeñado,
pues, despreciando el aljófar,
sacó perlas transparentes
de los cofres de sus conchas.
Quedó sin telas Milán
y sin riquezas la Europa;
el Betis sin los caballos
que engendró en su madre Bóreas.
Al sol vimos despeado

que por darme su carroza,
haciendo largos los días,
caminó a pie por sus zonas.
Esparcióse por el mundo
la fama de nuestras bodas,
y en Milán por el palacio
del duque Francisco Esforcia,
envidioso de mis bienes,
quiso atropellar mis glorias
pidiendo para su hijo
esta divina española.
El cual, mientras vive el padre,
dicen que en Nápoles goza
el ducado de Milán
y el marquesado de Soma.
Y viendo que es la vejez
avarienta y codiciosa,
en trescientos mil ducados
por hacerme mal, la dota.
Y al conde, contrario nuestro,
le hace el interés que rompa
los conciertos y palabras,
invencible en nobles bocas.
Hicieron nuevos conciertos
y el novio lleno de joyas
pasó a ofrecerlas a España
a las plantas de la novia.
En cimientos de zafiros,

entre las azules ondas,
fundaron un edificio
de quien los mares se asombran.
De cristal y oro formadas
eran las gallardas popas,
y en los árboles pendían
mil flámulas revoltosas.
Quejáronse, hiriendo el viento,
los clarines, y las trompas
de vanidad se hincharon,
las bastardas y las bordas.
Al fin, a pesar del golfo,
las seis cajas voladoras
roncaron en Vinaroz,
libre la apacible costa.
Desembarcaron en ella
y desde allí a Zaragoza
llegaron en pensamientos,
que pueden serlo las postas.
Yo, de mi esposa llamado,
también me acercaba en otras,
que la mar a los amantes
les da la vida por horas.
Traía treinta criados,
todos con capas gasconas,
con los aforros de tela
de color de mi congoja;
y con don Carlos mi hermano

otras ilustres personas,
que fueron a ser testigos
de mi lamentable historia.
Desempedrando la calle
llegamos juntos en tropa
a las puertas de su casa,
cerradas para mi gloria.
Y entrando alegres por ellas
vimos una Babilonia
en la confusión de lenguas
italianas y españolas.
Al fin, gente de palacio,
que corren cruzan y estorban;
y sin saber a qué van,
unos con otros se topan.
El alboroto y las luces,
de quien huían las sombras,
a saber nos obligaron
por qué causa se alborotan.
Un paje dijo... no puedo
parar a contarle ahora;
mas otro, sin preguntarlo,
nos dijo de aquesta forma:
"¿Es posible, mis señores,
que este regocijo ignoran?
¿No saben que doña Juana
aquesta noche se otorga
con el duque don Mauricio,

que ha llegado por la posta?"

Yo entonces --entre los labios
el alma-- dije: "¿Tú ignoras
la causa de este alboroto,
pues al revés nos informas;
que es el que viene a otorgarse
don Felipe de Cardona,
conde de Ampudias y duque
de su nombre y casa propia?"

Respondió: "Reíos, señor,
que es el que se otorga agora
don Mauricio, que de este otro
no hacen caso ni le nombran.
Y si no queréis creerme,
subid allá, que os importa,
si os deja el mar de la gente
romper sus confusas olas."

Yo, entonces, como la bala
que escupe la negra boca,
oprimida del salitre,
que gime cuando la [arroja],
me subo por la escalera,
y tras mí mi gente toda,
y a pesar de los porteros
entro, aunque el paso me estorban.

Llegué a la postrera sala,
y a la luz de cuatro antorchas
pudieron ver mis dos ojos

mis celos y mis deshonras.
Mas no las vieron apenas
cuando mi cólera loca,
mis razones, y mi espada
toda la gente alborotan.
Vieras, sin ser primavera,
brotar relucientes hojas,
que son árboles los hombres
cuando se enfadan y enojan.
Doña Juana alborotada,
descompuesta y vergonzosa,
da voces, y el duque aleve
toda la gente convoca,
y por la espalda a traición
llegó una punta alevosa
al corazón de mi hermano,
de donde el alma le corta.
Y entonces a mis contrarios
acometí de tal forma
que no dejara a ninguno
a ser en el campo a solas.
Acudió el pueblo, y fue fuerza,
porque nadie me conozca,
dejar la ciudad y el reino,
vertiendo enojo y ponzoña.
He desafiado al duque,
pidiendo campo en Saboya,
en Francia y en Alemania.

A Nápoles vengo agora
para que el rey don Alonso
me le otorgue; y si le otorga,
él como buen caballero
en el campo me responda.
Que después de haberlo muerto
ha de ser mi amada esposa
doña Juana de Aragón,
que como el alma me adora.

ASTOLFO: Como vengo de correr
desde Asia a Constantinopla,
y he estado ausente del reino,
no he sabido vuestra historia.
Y pues, señor, el serviros
es obligación forzosa,
no habrá cosa en vuestro gusto
que delante se me ponga.

FELIPE: Ya agradezco esa merced
pero sabed que me importa
darle muerte en estacada,
que he de vengarme con honra.

Sale FRISÓN, lacayo, de camino

FRISÓN: No quisiera haber quedado
en Nápoles, por no ver
el mal que no ha de poder

ser de mi lengua contado.

O entrando en ella, señor,
cogiérame una pared
o matárame la sed,
que es la maldición mayor.

Hartárame en el camino
de agua en las cisternas frías,
y en todas sus hosterías
no hallara un trago de vino.

FELIPE: ¿Qué traes, Frisón?

FRISÓN: No sé

por donde empiece a contar
tu mal.

FELIPE: ¿Qué, siempre has de estar
borracho?

FRISÓN: Yo callaré.

FELIPE: ¿Qué has de callar y decir?

FRISÓN: Con lo que estoy consolado
es con ver que anduve honrado
y que honrado he de morir.

En su diluvio, Noé
no hizo tanto como yo.

FELIPE: ¿Qué hiciste?

FRISÓN: El mundo lo vio.

FELIPE: ¡Ah, cuero!

FRISÓN: Yo callaré;

mas sólo, señor, te digo
que hice por ti en la ocasión

lo que no hiciera un león;
que en la ausencia es el amigo.

Que estocadas le tiré
a un franchote por San Ponce
que a esperarme fueron once.

FELIPE: ¿Qué dices?

FRISÓN: Yo callaré.

FELIPE: Si en Nápoles has bebido,
cuéntame lo que has soñado.

FRISÓN: Yo soy un lacayo honrado,
dentro [en] Gasuña nacido,
y bebo lo que me basta.

ASTOLFO: ¿Quién es éste?

FELIPE: Es un garzón
que me acompaña.

FRISÓN: Frisón
me llamo.

ASTOLFO: Lindo humor gasta.

FELIPE: Si vienes en tu juicio,
Frisón, lo que has visto cuenta.

FRISÓN: Vi la ocasión de tu afrenta.

FELIPE: ¿A quién?

FRISÓN: Al duque Mauricio,
señor, sólo en dos razones:
doña Juana de Aragón
y el señor duque, si son
casarse las velaciones,
se iban, señor, a casar

a la iglesia; mas vengado
quedas, pues yo, alborotado,
sin poderme reportar,
 meto mano, y no esperaron,
y criados que volvieron
seis coscorrones me dieron
y por necio me dejaron.

Yo en el campo me quedé
sin huir, y así la gloria
me dieron de la victoria.

FELIPE: No hables más.

FRISÓN: Yo callaré.

FELIPE: ¡Válgame Dios! ¡Jesús! ¡Qué doña Juana
de Aragón es mujer que me ha engañado!
¡Qué me ha salido mi esperanza vana!
¡Qué por el duque aleve me ha dejado!
Forzaríala el padre, cosa es llana;
mas, ¿qué albedrío se rindió forzado?
Ella de voluntad se casaría.
¡Mal haya el hombre que en mujeres fía!

ASTOLFO: Callad, que por ventura será engaño
y la verdad en Nápoles veremos.

FELIPE: Verdad, marqués, será, siendo en mi daño.

ASTOLFO: ¡Hola! Postas nos dad. No hagáis extremos.
Desde hoy en mal o en bien os acompaño.

FELIPE: Mi vida es vuestra.

ASTOLFO: Juntos moriremos,

que está ya vuestro agravio a cuenta mía.

FELIPE: ¡Mal haya el hombre que en mujeres fía!

Vanse, y salen el REY, el CONDE y el VARÓN

REY: Sus colores sacar quiero
en estas fiestas mañana.
¡Ay divina doña Juana!
Llamad, conde, al camarero.

VARÓN: Hoy viene sin falta a ver
a la reina, mi señora.

REY: ¿Cuándo lo supiste?

VARÓN: Agora.

REY: Varón, tuyos han de ser
el alazán español
que me envió el de Castilla,
con caparazón y silla,
y el bayo, que los del sol
deja atrás con ligereza,
y tuyos aquellos tres
en que subí ayer.

VARÓN: Los pies
mil veces beso a tu alteza.

CONDE: Ya viene, señor.

REY: Ya viene,
Varón. Idla a recibir.
Vos, también podéis salir.

Salid presto, ¿qué os detiene?

CONDE: De aquesto admirarme quiero.

REY: ¿No basta quererlo yo?

CONDE: Pues, ¿cuándo se recibió,
señor, a tu camarero?

REY: No le recibáis, Varón,
que fue inadvertencia mía,
entendiendo que venía
doña Juana de Aragón.

CONDE: Antes, señor, yo sospecho
que el duque y ella se van,
según dicen, a Milán,
y que [este] viaje está hecho.

REY: Malas nuevas os dé Dios.

CONDE: Ellos a decirlo obligan.

REY: Yo quiero que ellos lo digan
y que no lo digáis vos.

CONDE: Verdad es que en la ciudad
se publica y no se esconde.

REY: No todas las veces, Conde,
se ha de decir la verdad.

CONDE: Antes, señor, si la digo
es para que busques medio
para impedirlo.

REY: Remedio
me dad, pues.

CONDE: Tu gusto sigo.
Ofrécele tus galeras

y haz que el marqués las prevenga,
y di que los entretenga
con engaño en las riberas.

Y en tanto, puedes...

REY: ¿Qué puedo?

CONDE: Temo.

REY: Acaba, ¿en qué reparas?

CONDE: Tengo miedo.

REY: Si tú amaras,
no tuvieras, Conde, miedo.

CONDE: Puedes hacer que le den
muerte con secreto.

REY: ¿Muerte?

CONDE: Sí, pues, ¿puedes de otra suerte
gozar la ocasión más bien?

Porque estando el duque vivo,
será imposible vencella,
porque la española bella
le tiene amor excesivo.

REY: Ése es muy grande subsidio.

CONDE: Amor tiene a questo imperio.

REY: Dime, ¿no basta adulterio
sin también homicidio?

CONDE: David hizo con Urías
lo mismo por Bersabé.

REY: Después regó a Gelboé
con llanto y lágrimas frías.

CONDE: Pues tú harás eso después

como David.

REY: Tengo amor
al duque.

CONDE: Templá, señor,
tu voluntad, si así es;
que mal le puedes querer
bien, procurándole mal,
que no hay mal que sea igual
al codiciar la mujer.

REY: Si él a la guerra se va
y queda acá doña Juana,
¿mi pretensión no está llana?

CONDE: No, que se la llevará
consigo, que agora son
reciën casados.

REY: Amigo,
siendo así, su amor maldigo.

CONDE: Doña Juana de Aragón
es noble, y aquesto baste,
y él vivo, no has de vencella.

REY: Conde, yo muero por ella
después que me la nombraste.
Muera el duque y muera el mundo,
que es justa razón y ley
que él muera y que viva un rey.

CONDE: Yo en justa razón lo fundo.

REY: Mueran mil duques.

CONDE: Señor,

hoy he de darle el papel
y colegiremos de él
si es invencible su amor.

Si a él responde, aunque enojada,
es pedir que otro le des;
que ésta entre las damas es
una lección muy usada.

REY: Callad, que viene la reina.

Sale la REINA

REINA: ¿Qué hace vuestra alteza aquí?

REY: ¡Oh, reina! (Mas, ¡ay, que en mí **Aparte**
sola doña Juana reina!)

REINA: Este memorial me han dado
unas pobres religiosas,
que por ser de Cristo esposas
el alma le han consagrado,
y a vuestra alteza suplican
que [las] mande remediar,
que no pueden acabar
una iglesia que fabrican
por ser pobres y por ser
de limosna lo que han hecho,
y está la iglesia sin techo.

REY: Mandad que le hagan hacer
a mi costa luego. Conde,

désele a su alteza gusto,
fuera de que hacerlo es justo.
Adiós, mi señora.

REINA:

¿Adónde

se va tu alteza tan presto?

(Todos sus negocios son

Aparte

con el conde y el varón.

No sé qué sospeché de esto).

REY:

Ando, señora, ocupado

en una ocupación justa,

que escriben que en Famagusta

el Otomano ha juntado

alcaides y sus virreyes,

genizaros y galeras,

para robar las riberas

mías y de otros reyes.

REINA:

Con tan justa ocupación

muy bien mis tratos se impiden.

Sale un CRIADO

CRIADO:

Licencia para entrar piden

doña Juana de Aragón

y el duque Mauricio.

REY: Ella

[puede entrar] sola.

REINA: ¿Y él no?

REY: Aquesto he mandado yo.

REINA: Doña Juana es muy bella.

REY: Hermosa es y virtuosa.

REINA: Su virtud es manifiesta,
y sé que es cuerda y honesta
en el grado que es hermosa.

[Aparte al VARÓN]

REY: (Procura darle, Varón
a esta divina mujer
este papel).

VARÓN: (Y ha de ser,
señor, con esta invención).

Gran señora, una española
que está triste y afligida,
[..... -ida]
viviendo en Nápoles sola,
aunque con su viuda madre,
desea para vivir
a la duquesa servir,
atento a que fue su padre
de los suyos en España
criado, y este papel

le envía, pintando en él
su necesidad extraña.

Yo se lo había de dar,
pero mejor vuestra alteza
lo alcanzará.

REY: Su pobreza
ya deseo remediar.

Salen el Duque MAURICIO y doña JUANA

MAURICIO: Dénos los pies, vuestra alteza.

REY: Duque, levantad del suelo,
y vos, señora. (Del cielo **Aparte**
es su divina belleza).

MAURICIO: Y vuestra alteza nos dé
los pies también.

REINA: Duque, alzá,
y vos, duquesa, os sentad
aquí.

JUANA: Bien así estaré.

REINA: Sentaos.

MAURICIO: Mi padre me escribe
que haga de la corte ausencia,
y vengo a pedir licencia.

REY: ¿Para qué? ¿Tan mal se vive
en mi corte?

MAURICIO: Antes me muero

en ausentarme, señor.

Porque mi hermano mayor
que es de Milán heredero,
y señor de Lombardía,
está malo y quiere verme,
y mi padre, por tenerme
consigo, a llamarme envía.

JUANA: Yo vengo a que vuestra alteza
conozca en mí una criada.

REINA: Doña Juana, aficionada
vuestra virtud y nobleza
me tiene, y sentiré mucho
que de Nápoles os vais,
porque todo lo alegráis.

REY: (Alma y sentido, ¿qué escucho? **Aparte**
¿Qué doña Juana se ha de ir?
¿Qué su sol se ha de poner?
¿Qué al alma ha de anochecer,
y que he de poder vivir?)

REINA: Tomad aqueste papel,
duquesa, y antes que os vais,
os encarezco que hagáis
todo lo que viene en él.

JUANA: ¿Qué me podéis mandar vos
en que yo no os sirva luego?

REINA: Esto, duquesa, os lo ruego,
porque es servicio de Dios;
que si no, no lo pidiera.

VARÓN: (Ya el papel le dio, señor,
y le abre).

REY: (Ayúdame, Amor, **Aparte**

si estás en tu quinta esfera).

Duque, en notable ocasión
me desamparáis, pues, ¿cómo,
cuando yo las armas tomo
y tremolo mi pendón,
me desamparáis la tierra?

MAURICIO: ¿Pues, hay guerra?

REY: Cruel y brava,
que en paz Nápoles estaba;
mas ya, duque, todo es guerra.

Ya para causarme enojos
el enemigo me acerca,
y está de mí ya tan cerca
que le miro con los ojos.

MAURICIO: Yo no he llegado a entender
que haya guerra en esta tierra.

REY: Pues, hayla, y sólo esta guerra
vos en paz podéis poner.

MAURICIO: Si en mí consiste la gloria
no me iré.

REY: Como no os vais,
duque, y como os detengáis,
yo saldré con la victoria.

JUANA: Señora, en lo que el papel
me pide, gusto recibo;

mas estando el duque vivo
todo corre a cuenta de él.

Con él habla y no conmigo
que cuando su esposa fui,
la voluntad le ofrecí,
y sólo su gusto sigo.

REY: (¡Oh, qué discreta mujer! **Aparte**

Darme a entender ha querido
que está vivo su marido
y no le puede ofender;
pero que si muerto fuera,
su voluntad me entregara,
Bien su intento me declara.
¡Muera el duque, el duque muera!)

MAURICIO: ¿Qué es esto?

JUANA: Manda su alteza
que este papel satisfaga
y una buena obra [se] haga
remediando una pobreza,
y a su alteza respondía,
mi señor, que sin licencia
vuestra, yo no...

MAURICIO: Inadvertencia,
si es la hacienda vuestra y mía.

A su alteza le dad gusto
en lo que pide el papel.

REINA: Todo lo que pido en él,
duque Mauricio, es muy justo.

Aparte el REY, el CONDE, y el VARÓN

VARÓN: Pues el papel ha leído
con gusto y no se ha turbado,
movido le ha tu cuidado
y tu afición le ha vencido.

CONDE: Del papel respuesta espera.

REY: (Que dé muerte a su marido **Aparte**
por cifras me ha respondido.
¡Muera el duque, el duque muera!)

 Duque, el turco en Famagusta
ha juntado gruesa armada,
y teniéndola cercada
me han avisado que gusta,
antes que la señoría
socorro envíe, tomarla,
con intento de asolarla
con Chipre y con Nicosía.

 Y de aquí quiere bajar
a nuestra costa y riberas
a robar con las galeras;
y esto lo he de remediar

 con que vos, duque, al momento
mi estandarte tremoléis
y los hombros le doméis
al turquesado elemento.

Que aunque el general Astolfo
con serlo le satisfago,
Príncipe del Mar os hago.
Id, duque, y tomad su golfo;
que la duquesa os dará,
Príncipe del Mar, licencia.
[..... -encia].

JUANA: Señor, si a serviros va,
no es razón que yo lo impida.

MAURICIO: Luego, señor, partiré,
y en tu servicio pondré,
si te importare, la vida.

Salen el marqués ASTOLFO y don FELIPE

ASTOLFO: Vuestros pies, señor, me dad.

REY: Oh, marqués, habéis venido
a verme a tiempo escogido.
No estéis así, levantad.
Dicen que el turco se ha entrado
a Famagusta.

ASTOLFO: Señor,
por la costa ese rumor
se ha extendido y divulgado.

REY: Pues, id luego a acompañar
al duque hasta el mar, marqués;
que sois general, y él es

el Príncipe del Mar.

ASTOLFO: ¿Príncipe del Mar?

REY: Sí,

que como aunque más importe

no puedo dejar la corte.

Hoy el duque va por mí.

[Aparte al Marqués ASTOLFO]

FELIPE: (Marqués, estoy sin sentido.

¿Duermo acaso? ¿Estoy soñando?

Pienso que me está engañando

la vista, y pierdo el sentido.

¿No es éste el duque Mauricio?

Doña Juana de Aragón,

¿no es ésta? Sí, los dos son.

Loco estoy. Pierdo el juicio.

¿Cómo? ¿Qué mi esposa esté

con otro dueño a mis ojos?

¿Y que sufro estos enojos

y que muerte no les dé?

Ya no lo puedo sufrir.

Marqués, podéis perdonar,

que pues no puedo matar

quiero salirme a morir.

Vase [don FELIPE]

ASTOLFO: Ya, señor, que mil mercedes
de vuestra mano recibo,
entre las muchas que os debo,
que me hagáis una os suplico.

REY: Cualquier cosa que pidáis
daré con gusto infinito;
pedid, que yo os lo concedo.

ASTOLFO: Cosa honrada es la que pido.
Ya sabéis, señor, que soy
Cardona, y que soy sobrino
de los duques de Cardona,
honor de los blancos lirios.

REY: Ya lo sé.

ASTOLFO: Pues hoy en nombre
de don Felipe, su hijo,
cito a plazo y pido campo.

REY: ¿A quién?

ASTOLFO: Al duque Mauricio.
Y aquí con vuestra licencia,
gran señor, le desafío;
que quiere dar a entender
en la batalla mi primo
que la muerte de su hermano
alevosamente ha sido.

MAURICIO: Y yo os suplico también
que lo otorguéis; que imagino,

con sola daga y espada,
sin armas ni peto limpio,
sustentaré lo contrario.

REY: Pues, yo otorgo el desafío
para el día que volváis
triunfando del enemigo.

ASTOLFO: Soy contento.

MAURICIO: Soy contento.

ASTOLFO: Nombre el duque su padrino.

MAURICIO: Mi padrino será el conde.

ASTOLFO: Yo por don Felipe afirmo
que he de ser padrino suyo;
y serviros determino,
que no he de dejar por esto,
duque, de ser vuestro amigo.
[.....]

REY: Duque, poneos en camino
al momento, y vos, marqués,
venid, porque hagáis lo mismo.
Adiós, señora. De vos,
duquesa, no me despido
pues quedáis en nuestra corte.

JUANA: Quedaré para serviros.

REINA: Vistadme, doña Juana,
que en veros gusto recibo.

MAURICIO: Sé que [ella] se ocupará,
señora, en vuestro servicio.

REY: (Ay, conde, que voy sin alma). **Aparte**

Vanse todos y quedan la REINA y el VARÓN

REINA: Varón, mirad si ha venido
mi confesor.

Vase el VARÓN

El papel
de las esposas de Cristo
es éste. Quiero que el conde,
pues el rey le ha remitido
su cuidado, se lo dé
al Varón. ¡Qué bien escrito!
¡Con qué profunda humildad
su necesidad han dicho!
Quiero volver a leerle
aunque otra vez le he leído.

Lee

"Duquesa, como el Amor,
como al parecer es niño,
es dios invencible y fuerte
contra Aníbal y Pirros,

y son de sus pies alfombras
cetros, espadas y libros
sin respetar mi grandeza,
me ha atropellado y vencido".
¡Oh, infamia! ¿A una honesta dama?
¡Oh, engaño! ¿A un noble marido!
¿Que aquesto intenten los reyes
sin advertir los abismos?
¡Ah, conde y varón alevés!
¡Ah, engañosos cocodrilos,
aduladores del gusto
y de las almas martirio!
¡Qué trocarse los papeles
Dios, --¡viles!-- lo ha permitido!

Sale el VARÓN

VARÓN: No ha venido el confesor.

REINA: No importa, que ya ha llegado,
Varón ingrato y traidor,
un mudo que ha confesado
vuestros pecados y error.

Y porque ha llegado a haber
tan poco arrepentimiento
en vuestro vil proceder
no os quiere absolver, y siento
yo que no os quiera absolver.

Mas mirad vuestra conciencia
si podéis reconoceros,
y si por vuestra insolencia
no quiere agora absolveros,
no excusa la penitencia.

Y quizá será tan fuerte
y tan corto y breve espacio
que vuestras culpas concierte;
si no, dejáis mi palacio
por excusar vuestra muerte.

Vase [la REINA]

VARÓN: Hasta la reina ha entendido
el engaño y falsedad.
Mi intención ha conocido.
¿Qué haré, si con la verdad
mi mentira ha convencido?
¿En qué opinión me tendrá?

Sale el CONDE

CONDE: ¿El rey ha salido acá?

VARÓN: No, conde, mas nuestro engaño
ha salido por mi daño
donde descubierto está.

La reina trocó el papel
y nuestra baja intención,
sin duda, ha leído en él.

CONDE: ¿Esto te causa pasión?

El rey responde por él;

que sabrá bien disputallo.

El rey solamente reina;

sírvele como vasallo.

VARÓN: Temo enojar a la reina.

CONDE: Anda, que el rey es mi gallo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen don FELIPE y ASTOLFO

ASTOLFO: Y dice de aquesta suerte
 la instrucción: "Marqués Astolfo,
 antes de pasar el golfo
 le dad al duque la muerte
 con secreto, porque importa
 a mi servicio real;
 que con su muerte un gran mal
 en nuestros reinos se acorta.
 Y en ella recibiré,
 marqués primo, gran servicio,
 y muerto el duque Mauricio
 su mismo oficio os daré.
 Yo el rey." Esto se ha de hacer;
 esta noche ha de morir.
 [..... -ir]

FELIPE: Siendo así, no podrá ser
 el desafío conmigo.

ASTOLFO: Si es vengaros vuestro intento,

mejor ocasión no siento,
para que vuestro enemigo
con su muerte os dé venganza,
que es ésta, y si ésta perdéis,
digo que perder podéis,
don Felipe, la esperanza.

¿Vos pretendéis más honor
que vengaros? Pues el rey
con su palabra que es ley
se hace de su muerte autor;
y en este papel os da
para matarle licencia.
Conde, grande impertinencia
dejarlo de hacer será.

FELIPE:

Astolfo, tenéis razón;
mas eso no me contenta,
que es venganza con afrenta
darle muerte con traición,
y no cabe en caballeros.
Y así, cuando él me matara
en desafío y mostrara
más valor y más aceros,
quedara con más honor
que en vencerle de esta suerte;
pues quedo, dándole muerte,
vencido, aunque vencedor.
Pero si al rey le ha de dar
gusto, pues él lo mandó,

quiero aquí matarle yo,
pues otro le ha de matar.

ASTOLFO: Pues aquesta noche quiero
que con vos cuatro soldados
valientes y enmascarados
le deis muerte al duque fiero.

FELIPE: Contadle, primo, por muerto.

ASTOLFO: Yo me voy.

FELIPE: Yo a traer
los soldados que han de ser
cómplices en el concierto,
y conmigo le darán
a este ingrato muerte esquivada.

ASTOLFO: ¡El rey en Nápoles viva,
y alborótese Milán!

Vanse y salen el DUQUE y CARLOS

MAURICIO: ¿Queda la duquesa buena?

CARLOS: Mucho ha sentido tu ausencia.

MAURICIO: Presto veré su presencia
si mi ausencia le da pena.
Que sin duda fue fingida
la fama de aquesta guerra,
porque está toda la tierra
en dulce paz divertida.

Sale don FELIPE

FELIPE: Señor, si me das licencia
y estos criados lugar,
dos palabras quiero hablar
con secreto a vueselencia.

MAURICIO: ¿Son de importancia?

FELIPE: Sí, son.

MAURICIO: ¡Hola! Salíos allá fuera.
Ya podéis hablar.

FELIPE: Quisiera,
pues hay tan buena ocasión,
preguntaros si algún día
me habéis visto.

MAURICIO: Juraré
que jamás es vi ni hablé.

FELIPE: Ésa es la desdicha mía;
que os he deseado hallar,
y mucha tierra he corrido,
y tan desdichado he sido,
que nunca os pude encontrar.
Y, pues, ya con vos estoy,
y aunque os hablo no lo creo.
Sabed, señor, que deseo
que con vuestros ojos hoy
veáis a lo que os envía
el rey a aquestas riberas

coronadas de galeras;
y para aquesto quería
que en mi palabra fiado
connigo, señor, vengáis
donde la verdad veáis.

MAURICIO: No entiendo, señor soldado,
lo que dice.

FELIPE: Pues, señor,
digo que me acompañéis,
pues sois príncipe y tenéis
prudencia, esfuerza y valor,
y la ocasión de esta guerra
sabréis, y veréis del rey
la intención.

MAURICIO: La noble ley
que mi corazón se encierra
me obliga a salir con vos,
aunque el ánimo me engañe.
¿Llamaré a quien me acompañe?

FELIPE: Importa ir solos los dos.

MAURICIO: Vamos, soldado, al momento
que al rey quiero obedecer
y su intención quiero ver.

FELIPE: (¡Bien se ha logrado mi intento!) **Aparte**

Vanse y salen ASTOLFO y FRISÓN

FRISÓN: Suplico a vueseñoría
despache este memorial.

ASTOLFO: ¿Qué pides en él?

FRISÓN: Querría,
pues vusía es general,
se me dé una compañía,
 atento que soy soldado
viejo en años y vestido,
y de puro acuchillado
no hay soldado tan rompido,
tan diestro y ejercitado.

ASTOLFO: ¿Y sabrás tú gobernar,
dime, Frisón, los soldados?

FRISÓN: Sí, porque sabré mandar
a los más fuertes y honrados,
[..... -ar].

ASTOLFO: Bueno está, por vida mía;
[..... -ón]
[..... -ía].
Ve a dar con este doblón
socorro a tu compañía.

FRISÓN: Darle sin doblón pudiera
a mi ejército valiente,
que aunque no está por de fuera,
se aloja toda mi gente
en las calzas y en la cuera.
 [..... -ino]
[..... -or]

[..... -ino]

¿No finjo muy bien, señor,
un capitán?

ASTOLFO: Y sois digno
 de serlo por lo rompido
ya que no por lo soldado.

Salen con máscaras don FELIPE y el DUQUE

FELIPE: Ya yo vengo prevenido
 y traigo un hombre a mi lado,
 en todo el campo escogido;
 no hay para aquesta ocasión
 hombre más propio; sin él
no lograrás tu intención.

ASTOLFO: Pocos sois.

FELIPE: Basta con él.

ASTOLFO: Ponte a esta puerta, Frisón,
 y nadie pase de ahí.

FRISÓN: Mi padre no pasará.

FELIPE: Tu intención, marqués, le di,
 aunque ya informado está
de todo el caso de mí.

ASTOLFO: Soldado, importa al servicio
del rey que le deis la muerte.

MAURICIO: ¿A quién?

ASTOLFO: Al duque Mauricio,

que yo cumplo de esta suerte
con su gusto y con mi oficio.

Aqueste papel mirad;
que aunque al parecer es mudo,
él os dirá la verdad.

MAURICIO: ¿El duque Mauricio? Dudo,
señor, esta variedad.

Léele MAURICIO

ASTOLFO: Importa para el secreto
que los dos, enmascarados,
pongáis su muerte en efeto,
que en nombre del rey, soldados,
el galardón os prometo.

MAURICIO: (¡Válgame Dios! Ya yo he visto **Aparte**
la firma y orden del rey;
mal mi cólera resisto).

FELIPE: Pues su voluntad es ley,
y su voluntad conquisto.

¡Muera el duque!

ASTOLFO: Es menester
el modo agora advertir.
Él se suele recoger,
como acostumbra, a escribir
a su adorada mujer.

Y es en él tan ordinario

el escribir cada día,
[..... -ario],
que aun sus secretos no fía
de su mismo secretario.

Y hoy un gentilhombre suyo,
de su mujer despachado,
trajo un pliego, y de esto arguyo
que escribiendo retirado
ha de estar.

FELIPE: El orden tuyo,
marqués se ejecutará,
si escribiendo de esa suerte
retirado y solo está.

ASTOLFO: Yo sé muy bien que su muerte
su alteza os la premiará.

MAURICIO: (¿Hay crueldad en las montañas **Aparte**
de Hircania? ¿Hay monstruo fiero
de tan bárbaras entrañas?)

FELIPE: Marqués, con su muerte espero
que el rey premie mis hazañas.

Dadme la llave.

ASTOLFO: Tomad.
Luego en dándole la muerte,
a mi cuarto os retirad;
y porque mejor se acierte,
todas la puertas cerrad.

MAURICIO: (¿Que esta maldad se concibe **Aparte**
contra mi celo? ¡Ah, crüel,

tu intención el mundo escriba!)

ASTOLFO: ¡Muera, amigos, este infiel,
y el rey de Nápoles viva!

Vase [el Marqués ASTOLFO]

FELIPE: ¿Qué dices de este concierto?

MAURICIO: Que estoy loco, y estoy tal
que a responderte no acierto,
que descubriste mi mal,
con estar aquí encubierto.

Tú, con tu máscara, amparas
mi vida, y porque me asombre
una traición me declaras,
y así eres el primer hombre
que no es traidor con dos caras.

Cuando por ser mi homicida
enojado de esta suerte
el rey quede, si se olvida,
me da sin máscara muerte.
Tú con ella me das vida.

Con las dos caras, amigo,
descubres la noble ley
a quien ya obedezco y sigo,
dándome a entender que el rey
tiene dos caras conmigo.

Y, pues, en mí también ves

dos caras que honras y tocas,
tus pies es bien que me des,
que es razón que con dos bocas
bese, amigo, tus dos pies.

Sirven de lauro a mis sienes.

FELIPE: Levanta.

MAURICIO: ¡Oh, señor! ¡Oh, amigo!

FELIPE: ¡Señor!

MAURICIO: Pues mi bien previenes,
¿quién eres?

FELIPE: El enemigo
mayor que en el mundo tienes.

Sosiega agora tu pecho,
duque, y nueva vida cobra;
y está de mí satisfecho,
pues te hago esta buen obra
por mil malas que me has hecho.

Aunque esta vida me pidas,
otra me debes que aun hoy
viertan sangre sus heridas.
Pero yo aquí te la doy,
porque me debas dos vidas.

MAURICIO: ¿Quién eres?

FELIPE: Después sabrás
quién soy.

MAURICIO: Si mi ruego es parte,
¿quién eres no me dirás?

FELIPE: Soy quien desea matarte,

y no me preguntes más;

mas antes que Astolfo vuelva,
mira lo que se ha de hacer.

MAURICIO: Aunque el discurso revuelva,
no halla el alma parecer,
amigo, en que se resuelva.

No entiendo, aunque no reposa
mi corazón, la razón
de esta muerte rigurosa;
mas pienso que la ocasión
es tener mujer hermosa.

FELIPE: Vete a Sicilia o Milán
donde vivas encubierto,
y en Nápoles pensarán
que eres muerto, y sin ser muerto,
vida tus penas tendrán.

Y a Milán te llevaré
tu esposa, y de hacerlo así
te doy mi palabra y fe.

MAURICIO: Ay, amigo, ¿cómo aquí
tanta merced pagaré?

FELIPE: Levanta, que tiempo habrá
de pagarme. Ese criado
que en aquesta puerta está,
de su muerte descuidado,
Astolfo muerto verá;
con tus vestidos cubierto,

que su cabeza cortada
les hará el caso más cierto,
y de esta suerte el armada
te tendrá, duque, por muerto.

MAURICIO: Pues, ¿por qué quieres que muera,
amigo, aqúeste inocente?

FELIPE: Criado es mío, y si fuera
o mi amigo o mi pariente
por ti aquí lo mismo hiciera.

 Frisón.

FRISÓN: Señor, convidóme
al sueño el viento ligero
de la puerta, y derribóme.

FELIPE: ¡Por Dios, que eres buen portero!

FRISÓN: El sueño ha sido; vencióme.

FELIPE: El rey me manda que luego
te mate.

FRISÓN: Señor, ¿por qué?

FELIPE: Te mate.

FRISÓN: ¿Es burla o es juego?

FELIPE: Hoy con tu muerte pondré
en todo un reino sosiego.

FRISÓN: Pues, señor, ¿qué ha cometido
este mísero gascón?
Yo al rey, ¿en qué le he ofendido?
¡Ay, desdichado Frisón,
nunca te hubieras nacido!

FELIPE: Hoy el rey duque te ha hecho,

y con tu muerte se paga
de tu heroico y noble pecho.

FRISÓN: No quiero que duque me haga
si me ha de hacer mal provecho.

Deja que haga penitencia
siquiera un año, señor;
ruégueselo vueselencia.

MAURICIO: Yo, amigo, a vuestro rigor
le quiero hacer resistencia.

Un esclavo de galera
quiero que muera por él.

FRISÓN: Señor, el esclavo muera,
que hartos moros tiene Argel.

MAURICIO: O sea de esta manera:

póngase aqúeste vestido
que traigo, y por él será
este hombre desconocido
y vivo le engañará
por muerto, siendo fingido.

FRISÓN: No, señor, de ningún modo.

FELIPE: No te alteres, ¿qué te alteras?

FRISÓN: Mal a morir me acomodo;
pensarán que no es de veras,
y mataránme del todo.

MAURICIO: Nosotros te guardaremos.

FELIPE: Ven, y te desnudarás
y el vestido te pondremos.

FRISÓN: Pobre Frisón, ¿dónde vas?

MAURICIO: Sosiega y no hagas extremos;
con amigo tan leal,
mi remedio llevo cierto.

FELIPE: Soy francés.

MAURICIO: Y principal.

FRISÓN: Ya sospecho que voy muerto,
porque voy oliendo mal.

***Vanse y salen ASTOLFO, CARLOS, ALBERTO, capitanes,
y LEONARDO***

LEONARDO: Quisiera luego hablar a su excelencia,
y hanme dicho que escribe retirado
a la duquesa.

ASTOLFO: Aflígele la ausencia.

ALBERTO: Yo vengo de domar el turquesado
Mediterráneo Mar desde Cocencia
hasta la Notodía, y no he dejado
embarazo aun en lumbres y atalayas
en cuanto argenta el mar y ve sus playas.

ASTOLFO: Sin duda no dejó a Constantinopla
la turca armada, que la mar no muestra.

LEONARDO: Pues, viendo fresco por Bolina sopla;
zarpe mañana a Nápoles la nuestra.

CARLOS: El morrión, el peto y la manopla,
el arcabuz o raya que le adiestra,
robó Milán de Júpiter Olimp[i]o.

que por el rey mi pecho te asegura
el galardón; pues tuvo el caso efeto.
¿Que ya el duque murió? ¡Dichosa herida!

MAURICIO: (No, que Dios quiso conservar mi vida). **Aparte**

Vase el duque [MAURICIO] y sale CARLOS

CARLOS: ¿Pudiera acontecer entre los Scitas
un caso semejante? ¡Oh, gente fiera!
¡Qué con traiciones mi señor me quitas!
¿Engendrôte del Tanais la ribera?
Y tú, marqués Astolfo, ¿que permites
que a un príncipe le den la muerte fiera
traidores en palacio sin buscarlos?
Pues, no los buscas, búscalos Carlos.

*Saca don FELIPE a FRISÓN lleno de sangre con
la ropa del duque [MAURICIO] y [salen] ALBERTO y LEONARDO*

FELIPE: Detened esa gente.

ASTOLFO: ¡Oh, caso triste!

FELIPE: Mientras yo el cuerpo en mi aposento encierro
los traidores buscad.

CARLOS: Ya se reviste
el infierno en mi pecho, infame hierro,
que muerte a un ángel sin razón le diste.

*Vanse y salen doña JUANA, el VARÓN,
el CONDE, el REY, y doña INÉS*

JUANA: ¿En mi casa vuestra alteza?
 ¿Tanto al duque engrandecéis?

REY: Vos, señora, merecéis
 mayor honra y más grandeza.
 Sentaos.

JUANA: Bien estoy así.

REY: Sentaos, o estaré en pie.

JUANA: En tierra me sentaré.

REY: Sentaos aquí junto a mí.

 ¿Habéis tenido, señora,
nuevas del duque? ¿Está bueno?

JUANA: A lo menos está ajeno
de que así le honréis agora.

REY: ¿Tenéis cartas?

JUANA: No, señor;
que es el duque descuidado.
Ayer envié un criado
a verle.

REY: Marte y Amor
 juntos no pueden vivir,
y así, como se reparte
agora en casos de Marte,
no se acuerda de escribir.
 Calor hace.

JUANA: Está esta pieza
poco fresca.

REY Así es verdad,
un poco de agua me dad.

JUANA: Doña Inés, agua a su alteza.
 ¡Presto! Señor, si supiera
que vuestra alteza venía
a honrarme, para este día
el fénix apercibiera,
 tanto en serviros me fundo.

REY: Duquesa, donde estáis vos
no falta, que quiso Dios
haceros fénix del mundo.

INES: Señora, el agua está aquí.

JUANA: Muestra; beba vuestra alteza.

REY: (¡Oh, soberana belleza!) **Aparte**
Pues yo, ¿cuándo agua pedí?

JUANA: Agora.

REY: ¿Yo?

JUANA: Sí, señor,
si no me engaño.

REY: Duquesa,
agua pedí, pero es ésa
poca para mi calor;
 levantaos, no estés así.

JUANA: Agua su alteza pidió,
y así sólo sé dar yo

el agua que traigo aquí.

Y del agua que os entrego
la calidad conoced,
que es buena para la sed
y no es buena para el fuego.

Lleva el agua, doña Inés,
que me ofende y descompone,
y vuestra alteza perdone
si aquí he andado descortés.

REY: Aguardad, señora mía,
que he venido a visitaros,
y dejarme y disgustaros
parece descortesía.

A vuestras manos llegó
de las mías un papel,
y visteis mi amor en él,
que mi lengua os retrató.

Yo os lo vi con gusto igual
leer, y la que recibe
un papel que se [le] escribe,
y calla, no quiere mal.

JUANA: ¿Yo? ¿Papel? ¿Yo he recibido
de vuestra alteza papel?
¿Y yo he visto cosa en él
que ofendiese a mi marido?

A vuestra alteza engañó
alguno de sus terceros.
¿Si en pecho de caballeros

engaño y traición se vio!

Sólo mi esposo en mí reina,
y estáis agora obligado
a un esposo tan honrado
y a mi señora, la reina.

Vanse doña [JUANA e INÉS]

REY: Espera, aguarda.

VARÓN: No oyó,
y si oyó de alguna suerte,
no ha querido responderte
y en resolución se entró.

REY: ¿Fuése?

CONDE: Bien claro se ve.

REY: ¡Oh, mujer sola invencible!

VARON: Ven y déjala.

REY: ¿Es posible
que me dejó y que se fue?

CONDE: Fuése, que no era razón
que a la visita primera
a tu voluntad rindiera,
gran señor, la posesión.

VARÓN: Ven, no des qué sospechar
al reino.

REY: Tienes razón.
¡Ay, sirena de Aragón,

nunca pasaras el mar!

***Vanse [los tres] y salen doña JUANA y
doña INÉS***

INÉS: ¿Agora creerás que es
verdad lo que te he contado?

JUANA: Tienes razón, doña Inés;
mas no ha de quedar manchado
el honor aragonés.

 Irme con el duque quiero
por librarme de este fiero.
Prevengan coches mañana
cuando de entre nieve y grana
salga el sol y huya el lucero.

Sale CARLOS

CARLOS: Déme los pies, vueselencia,
si por suerte de [besarlos]
el dolor me da licencia.

JUANA: ¿Con llanto y lágrimas, Carlos,
vuelves hoy a mi presencia?
 Dime qué te ha sucedido.
 ¿Alguno te ha desmentido,
o algún traidor agraviado?

¿Hase tu dama casado
o mi esposo despedido?

CARLOS:

Las lágrimas en los ojos
muchas veces son palabras
que imprimiéndose en el rostro
las desventuras declaran.
Llegué, señora, a la corte,
ciudad formada en el agua;
hallé al duque mi señor
en tierra, dile tus cartas.
Tomólas, y antes de abrirlas
enternecido me abraza.
Pero estando respondiendo,
con llaves propias o falsas
dos hombres enmascarados
entraron hasta su cámara
y del descuidado pecho
hicieron sangrientas vainas,
porque sin ellas venían
sus alevosas espadas.
Dio voces a los traidores,
"¡Qué me matan, qué me matan!"
Y acudí de los primeros,
yo que con Astolfo estaba.
Allegué, señora, a verle,

--¡nunca yo a verle llegara!--
antes el alma saliera
a traición por las espaldas.
Hallé a la entrada, señora,
muerto a aquel lebrel de Irlanda
que estimaba el duque, y luego,
sobre las losas heladas
que piadosas recogían
la sangre que derramaba,
al duque muerto, y quedéme
sin alma al verle sin alma.
Entró conmigo a las voces
un caballero de Francia,
del duque amigo y de Astolfo
compañero y camarada.
Mientras el [cuerpo sangriento,
alma] llorando, le enlaza;
yo salí con voces fieras
incitando a la venganza.
Júntanse los capitanes,
alborótase la armada,
pero sin duda la tierra
[les] escondió en sus entrañas.
Acudió la soldadesca
a verle, pero ya estaba
metido en un aparato
entre sus funestas hachas.
[Y] al fin, señora, metido

en una enlutada caja,
hoy a Nápoles le traen
con roncadas trompas y cajas.
Los traidores se escaparon,
aunque el campo murmuraba
que era por orden del rey
esta tragedia y desgracia.

JUANA: ¿No hay quién mate a [este] alevé?

 ¡Calla infame, infame calla,
que son mortales tus nuevas
y con tus nuevas me matas!

Deja el filo de la lengua
y ése de la espada saca,
¡que dé venganza la vista
si está sin venganza blanca!

INÉS: Ten, señora.

JUANA: ¡Ay, doña Inés,
nunca yo dejara a España!

INÉS: Repórtate.

JUANA: ¡Ay, compañera,
démame quejar con causa!

Plega a Dios, rey enemigo,
que te suceda una infamia,
si puede ella en los reyes,
para que me [dé] venganza.

Carlos, ¿son las nuevas ciertas?

CARLOS: Ciertas son, señora.

JUANA: Calla.

¡Ah, Nápoles alevosa!

¡Oh, aleve y traidora patria
de un rey que a Comodo imita
en el trato y las hazañas.

INÉS: Salgamos de ella, señora,
que algún mal nos amenaza.

JUANA: Bien dices. Prevénme postas,
don Carlos, para mañana.

CARLOS: En Milán está su suegro,
a Milán en postas pasa,
con un vestido del duque,
mi señora, disfrazada,
porque nadie te conozca,
que ésta es industria gallarda.

JUANA: Pues así saldré esta noche
antes que recuerda el alba;
y así vestida veré
a la reina, que es Madama
una virtuosa señora,
y le diré mis desgracias.

CARLOS: Vamos, pues, a prevenirnos.

JUANA: ¡Ay, esposo de mi alma!

Vanse y salen la REINA, el CONDE, y el VARÓN

REINA: Yo os he mandado llamar,
Conde y Varón, porque quiero

un caso comunicar
con los dos, del cual espero
en secreto remediar.

Hanme dicho que la guerra
a que fue el duque es fingida,
y que en paz está la tierra,
y ha de quitarle la vida
el rey; que al mar le destierra.

Y he sabido que lleváis,
los dos juntos como estáis,
recados a la duquesa,
y a la noble aragonesa
afligís y amenazáis.

Y siendo de aquesta suerte
quiero, y es mi voluntad,
pues así el rey se divierte,
que os salgáis de la ciudad
o os mandaré dar la muerte.

CONDE: Señora, a su majestad
no dañan nuestros consejos,
porque un rey con voluntad
atropella los consejos.
[..... -ad].

Y todos los que le doy
son saludables, que soy
un honrado caballero.

REINA: Conde, disculpas no quiero.
Salíos de Nápoles hoy.

VARÓN: También es mucha pasión
la de vuestra alteza así.
Desterrarnos no es razón;
el rey tiene un padre en mí.

REINA: Ya os conozco, Varón.

Sale un CRIADO

CRIADO: Sobre un negocio importante
pide audiencia un capitán.

REINA: Entre.

Sale FRISÓN

FRISÓN: Señora, delante
de todos los que aquí están
quiero hablarte, y no te espante.

Ya queda el duque Mauricio
muerto, señora, a estocadas;
yo he cumplido con mi oficio
y de hazañas tan honradas
sólo el galardón codicio.

Que por más señas, señora,
traigo su mismo vestido,
y, pues, tu alteza no ignora,
[..... -ido]

bien puedes premiarme agora;
que no me contentaré,
según el servicio fue,
que juro a fe de criado.

REINA: ¡Hola! Prende este soldado.

FRISÓN: ¿A mí, señora? ¿Por qué?
¿Este pago se me da
de haber servido a tu alteza?
Muerto por mi mano está
el duque, y esta braveza
sólo don Frisón la hará.

REINA: Hacedle luego colgar.

FRISÓN: ¿A mí? No cuelguen, señora;
el rey me lo hizo matar.

REINA: Llevadle.

FRISÓN: Yo muero agora
solamente por hablar.

Llévanle

CONDE: ¿Posible es que vuestra alteza
crédito a un lacayo dé,
sabiendo nuestra nobleza?

REINA: Sí se le doy, porque sé
vuestro vil trato y torpeza.

Yo quiero que el mundo entienda
vuestras maldades y errores;

quiero llamar quien os prenda,
que habéis de morir traidores,
aunque mi esposo os defienda.

¡Ah, de mi guarda!

CONDE: No hay hombre
que ose llegar a los dos.

REINA: Yo haré, viles, que os asombre
mi castigo.

CONDE: ¡Vive Dios,
que es éste tu trato y nombre!

REINA: ¿Esto se ha de consentir?
¡Hola!

CONDE: A su alteza diremos
lo que...

REINA: ¿Qué habéis de decir
traidores?

VARÓN: Lo que sabemos
de tu adúltera vivir.

REINA: ¡Oh, lenguas descomulgadas!
¿Adúltera? ¡Yo estoy loca!

VARÓN: ¡Adúltera! ¿Qué te enfadas?

Sale el REY

REY: "Adúltera" en vuestra boca,
y empuñadas las espadas?
Prended al conde y varón.

REINA: Con las alas que [les] dais
han volado a esta traición,
y si no se las cortáis
veréis mayor perdición.

Su atrevimiento no siento,
pero sólo siento aquí
que seáis el instrumento;
que el menospreciarme a mí
les ha dado atrevimiento.

Con sus espadas airadas
buscan mi ofensa y mi mengua,
de vuestra lengua incitados,
pues cortan por vuestra lengua
las lenguas de sus espadas.

A la reina han ofendido
y a vuestra mujer. Si hay ley
que no abone su partido,
o castigad como rey
o vengad como marido.

Vase la REINA

REY: ¡Hola! Solos nos dejad.
¡Vive Dios, hombres traidores!
[..... -ad]
¡Qué os he de matar!

VARÓN: ¡Qué ignores,

REY: Hoy en fuego habéis de arder.
Los dos habéis de morir
en mis manos de esta suerte.
Vivos no habéis de salir.

CONDE: Señor, pues me das la muerte,
la verdad quiero decir.
Ella comete, señora,
adulterio con un hombre...

REY: ¡Callad, callad!

[CONDE]: Y tu honor...

REY: ¿Que esto escucho y no me asombre?
Tú mientes, conde traidor.
Di tú la verdad, Varón.

VARÓN: Es adúltera tu esposa.

REY: Ciertas mis desdichas son.
¡Oh, adúltera virtuosa!
¡Pintado y loco pavón!
Mira en círculos tus pies
y quedarás afligida.
¿Al fin, que adúltera es?

CONDE: Señor, honra, hacienda y vida
[me son] de poco interés
para servirte; mas todo
lo ofrezco para vengarte.

VARÓN: Imagina, y busca modo.

REY: ¿Con qué hombre y en qué parte
me ofende?

CONDE: (Mal me acomodo **Aparte**

a fingir; mas, ¿qué diré?)
Con un hombre estaba hablando,
señor, cuando yo llegué.
Yo le vi, y en llegando
la espada desenvainé;
y él en viéndonos huyó.
Yo como huir le vi,
y que a los dos se escapó,
dije "Adúltera," y allí
luego su alteza llegó.

REY: ¡Ah, caballeros leales,
yo el galardón os prometo!
(¡Que en las personas reales

Aparte

haya infamia! ¡Qué sujeto
esté un rey a tantos males!
Castigo del cielo ha sido
que al duque mandé matar.
Ya estoy de ello arrepentido.
Quiero a Astolfo despachar
que quizá no habrá podido
darle muerte y por ventura
su vida restauraré.
Dios castigarme procura.

CONDE: ¿Cómo saldrá y saldré,
Varón, de aquesta locura?

VARÓN: Como por guardar la vida
cualquier cosa se ha de hacer,
¡muera esta fiera homicida!

REY: (¡Jesús! No puedo creer **Aparte**
de la reina; que es fingida.
Mas quiero disimular).
Los tres esta noche, conde,
los habemos de aguardar.

CONDE: Muy bien dices. Yo sé dónde,
señor, habemos de estar;
mas también podía ser
que esta noche no viniese.

REY: Pues, alguna ha de volver.

VARÓN: (¡Oh, si el infierno pudiese **Aparte**
alguien con esta mujer!)

REY: En mi cámara estaré,
Varón, mi muerte aguardando.
(¡Ah, reina ingrata y sin fe!) **Aparte**

VARÓN: Disimula.

REY: Voy rabiando.

CONDE: (¡Bien las vidas escapé!) **Aparte**

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*Salen el duque MAURICIO [y] CORIDÓN, GACENO,
y CLAUDIO, cantando. Cantan*

[LOS TRES]: "¡Qué lindo que sale el sol
cuando despierta el albor,
y cuando se va a acostar,
qué lindo que entra en el mar!"

MAURICIO: Estoy muy agradecido
de vuestro celo.

CORIDÓN: Señor,
yo quisiera haber corrido
los prados, sin dejar flor
en su tapete florido,
para echar a vuestros pies
desde la que al nacer llora
y agora jacinto es,
y hasta la que se enamora
de sí.

MAURICIO: Amigos, después
que con vosotros estoy,
con las fiestas que me hacéis,
mi pena aliviando voy.

Salen JULIO con FRISÓN atado y LUPERCIO

JULIO: ¡Labradores!

GACENO: ¿Qué queréis?

JULIO: ¿Sabéis acaso quién soy?

CORIDÓN: No lo queremos saber.

JULIO: De su alteza soy criado.

CLAUDIO: ¿Del rey o de su mujer?

JULIO: De la reina, y me ha mandado
que aquí viniese a traer
 un hombre para matalle,
porque ésta es su voluntad,
y la muerte habéis de dalle.

CLAUDIO: ¿Y aquí, su paternidad,
mandó traer a este valle?

JULIO: Sí, amigos, porque dio muerte...

MAURICIO: ¿A quién?

JULIO: Al duque Mauricio,
que él lo afirmó de esta suerte.
Y [puesto] que a su servicio
importa, el más bravo y fuerte
 garrote luego le dé.

CORIDÓN: ¿Qué haremos, señor?

MAURICIO: Libralle,
y así le conoceré,
y éstos dos dejen el valle.

LUPERCIO: ¿No le matáis?

CLAUDIO: ¡No, a la he!

MAURICIO: En efecto, ¿tú le diste
la muerte al duque?

FRISÓN: Señor,
yo mentí.

MAURICIO: ¿Por qué mentiste?

FRISÓN: Por hablar.

MAURICIO: Eres traidor,
y aquí has de morir.

FRISÓN: ¡Ay, triste!

MAURICIO: Aquesta banda ha de ser
tu cordel.

FRISÓN: ¡Válgame el cielo,
señor, que tal vengo a ver!
Quisiera besar el suelo
aquí; mas no he de poder.

MAURICIO: ¿Al fin, que me has conocido?

FRISÓN: ¿No había de conocerte,
aunque es extraño el vestido?

MAURICIO: A fe, Frisón, que en tu muerte
muy buen padrino has tenido.

FRISÓN: Desátame las dos manos
y besaréte los pies.

Salen CORIDÓN, GACENO y CLAUDIO

GACENO: Corrieron los cortesanos
tanto, señor, que los tres,

por el monte y por los llanos,
alcanzarlos no pudimos.

MAURICIO: Desatad este inocente,
pues a librarle venimos.

CORIDÓN: No mintáis por ser valiente.

FRISÓN: Los habladores mentimos
en cuanto hablemos. Señor,
dame aquestos pies, espanto
del mundo y de Italia honor;
quíérete la reina tanto,
y sintió con tal rigor
tu muerte, que me mandó
dar la muerte porque dije
que te había muerto yo,
y de tal suerte se aflige
que enternecido lloró
como si fuera tu esposa.

MAURICIO: ¡Oh, reina, digna de ser
reina por sabia y hermosa!
[..... -er]
[..... -osa]
[..... -ido]
[..... -orte]
[..... -ido].

CORIDÓN: Cuanto a tu servicio importe
ya te habemos ofrecido.

MAURICIO: Sólo me importa el secreto.

CLAUDIO: Pues, yo en el nombre de todos,

gran señor, te lo prometo...

FRISÓN: A los hombres, de mil modos
los saca Dios de su aprieto.

Vanse y salen el CONDE y el VARÓN

VARÓN: Parece que la noche se anticipa
deseosa de ver nuestros engaños,
y que ha salido del dorado lecho
con más ojos abiertos que otras veces.

CONDE: Varón, el caso es arduo e increíble.

VARÓN: Arrepentido estoy.

CONDE: Yo estoy confuso.
Y si el reino dejamos, nuestros hijos
y nuestros descendientes quedan puestos
en los brazos y manos de la infamia.
Mejor es esforzar lo comenzado.

VARÓN: Ya viene el rey.

CONDE: La sangre se me ha helado.

Salen el REY y don FELIPE

REY: Pesado me ha en el alma de su muerte
aunque yo lo mandé.

FELIPE: Si yo supiera
que vuestra alteza le tuviera lástima,

le dejara con vida, aunque fingiera
su muerte por el campo.

REY: Yo me holgara;
que agora que ya estoy desenojado,
de su muerte me pesa. Y Dios permite,
si es verdad una infamia que me han dicho,
que pase por la ley que establecía
contra su honor. Estos sucesos trato
contigo, porque aquí el marqués me escribe
que eres hermano de un Monsiur de Francia
y eres hombre de pecho y de propósito,
y así quiero que agora me acompañes
y en mi palacio y servicio asistas.

FELIPE: Beso, señor, esas heroicas plantas.

CONDE: ¿Llegaremos, Varón?

VARÓN: Temblando llego.

REY: Decidme, ¿es hora ya de mis desdichas?
¿Puedo llegar a ver lo que primero
que lo vea me mate?

CONDE: Yo sospecho
que es hora acomodada.

REY: ¡Oh, fieros pasos,
que me lleváis a mi temprana muerte!

VARÓN: (Temblando voy).

CONDE: (Yo voy, Varón, sin alma).

REY: Ven tú, amigo, también.

FELIPE: Tuya es mi espada.

*Vanse y salen doña JUANA, de hombre, y don
CARLOS de camino*

CARLOS: Porque las dueñas y damas,
mi señora, no te vean,
aquí donde estás agora
hablarte quiere su alteza.

JUANA: ¿Dónde aguardan los caballos?

CARLOS: En el zaguán desempiedran
con manos y pies las losas
que de blanca espuma argentan.

Sale la REINA

REINA: ¿Doña Juana?

JUANA: Mi señora,
aunque en el alma me pesa
de partirme, la crueldad
del rey a partir me fuerza.

*Salen el REY, el CONDE, el VARÓN, y don
FELIPE*

REY: Después de entrar con silencio
cierre el portero las puertas;
que por aquí ha de pasar

a los cuartos de la reina.

VARÓN: Señor, a la escasa luz
que por los brocados entra,
un hombre y una mujer
parece que veo.

REY: Espera;
y desde aquí retirados,
pues la oscuridad nos deja,
podremos saber quién son.

REINA: Yo con el alma quisiera
estorbar vuestra partida.

REY: Oye, la reina es aquélla.
Varón, ciertos son mis males,
mis desventuras son ciertas.
Entrad y hacedlos pedazos.

FELIPE: Repórtate hasta que veas,
señor, la verdad de todo.

REY: Bien, amigo, me aconsejas.

JUANA: No hay mujer más desdichada.
La lamentable tragedia
del duque, que por su causa
pisa esos montes de estrellas,
no la quiero referir,
porque se pase la lengua
a los ojos. Esas manos
me dad, señora.

REINA: Quisiera
darte el alma con los brazos.

¡Ah, rey traidor, que atropellas
las leyes de la razón
y nos divides y ausentas!

JUANA: Quisiera estar en tus brazos
como la amorosa hiedra,
sin dividirme, señora;
pero el dividirme es fuerza.

REINA: Vete con Dios. No me busquen
y te conozcan y sientan.
Y escíbeme.

JUANA: Mis suspiros
nos servirán de estafetas.

REY: ¿Vióse tan grande maldad?

FELIPE: Señor, si vengarte intentas,
mejor será con secreto;
que no es bien que el mundo entienda
tu infamia. Agora podemos
hacer que este ingrato muera
con secreto, y otro día
muerta la reina amanezca
con cordel o con veneno.

REY: ¡Oh, noble nación francesa,
muy bien has dicho!

CONDE: (Sin duda **Aparte**
que nuestras lenguas gobierna
Dios; pues que nuestras traiciones
han salido verdaderas).

REINA: Y toma aquesta sortija

porque te acuerdas por ella
de mí; que quisiera el alma
darte en lugar de la piedra.

JUANA: Señora, basta ser tuya
para que la estime y tenga
en el corazón guardada.

REY: Fuera de Nápoles lleva,
amigo, aqúeste alevoso,
y antes que el sol amanezca
su sangre parezca rosa
en las [ásperas] riberas.

REINA: Vuelva a abrazarme, y adiós.

Vase la REINA

JUANA: Vamos, Carlos.

REY: Francés, llega
y con seis hombres de guarda,
que sólo el secreto entiendan,
le lleva al campo.

FELIPE: Yo voy.

CARLOS: Gente a nosotros se llega.

JUANA: Cúbrete, no te conozcan.
Deja que pasen, espera.

REY: Haced, conde, le acompañen
seis de la guarda tudésca.
Ven, Varón, conmigo. (¡Ay, cielos, **Aparte**

pues que no veis mis afrentas
mirando con tantos ojos,
mis males os enternezcan!)
Conde, en mi cuarto te aguardo.
(¡Ah, duque, por tu inocencia
vuelve Dios!)

Aparte

Vanse el REY y el VARÓN

JUANA: Los dos pies, Carlos,
se me entorpecen y hielan,
que nuestro daño procura
esta gente que se acerca.

FELIPE: Daos, infames, a prisión.

CARLOS: Señora, huye.

JUANA: Si pudiera.

CONDE: Tapad sus aleves bocas
porque el caso no se entienda,
y con este caballero
a quien el rey los entrega,
id a donde los llevare.

CRIADOS: Iremos.

JUANA: ¡Traidor!

FELIPE: Las lenguas
les cortad si se quejaren,
y quejaránse por señas.

Vanse y salen la REINA y doña INÉS

REINA: Aquí estarás recogida
y libre de su rigor
en sabiendo su partida.

INÉS: Pienso que el rey, mi señor,
me ha de privar de la vida,
 porque dirá que yo fui
la que el consejo le di.

REINA: Cuando él enojado esté,
yo, amiga, te ampararé.

INÉS: Tengo mi remedio en ti.

Sale el CONDE con una salvilla

CONDE: Quede a la puerta la guarda,
y entre luego si se esconde,
sin que quede una alabarda.

REINA: ¿Tú en mi cuarto, traidor conde?
Sale luego afuera.

CONDE: Aguarda,
 que vengo a darte un recado
del rey, mi señor.

REINA: ¿No había
en palacio otro criado?

CONDE: A mí su alteza me envía

porque de mí se ha fiado.

Este presente excelente
que traigo en aquesta fuente
me ha mandado que te dé.

REINA: En traerlo tú, sabré
que no es muy bueno el presente.

CONDE: Daga, veneno y cordel,
para pecho, boca y cuello
te traigo.

REINA: ¡Ah, conde crüel,
luego lo entendí en traello
tú y enviármelo él!

Bien ha mostrado este día
su traición y tiranía,
pues debe de imaginar
que una no me ha de matar,
y así tres muertes me envía.

Vuélvete, conde atrevido,
y dilo al rey imprudente
con nombre de mi marido,
que yo estimo su presente
y le doy por recibido.

CONDE: El rey mandó que te diera,
señora, aqueste presente,
o por él la muerte fiera,
y en la puerta aguarda gente
que para hacerlo me espera.

REINA: Salte de la sala, infame,

no des lugar a que en ella
tu aleve sangre derrame.
¿Así mi honor se atropella?

CONDE: Obligarásme a que llame
la guarda.

REINA: Llame la guarda,
al rey, al reino y al mundo,
que mi inocencia me guarda;
que unas sombras del profundo
cubran la verdad.

Salen el REY y el VARÓN

REY: Aguarda,
¿qué es esto?

REINA: Tus sinrazones,
tus engaños, tus quimeras,
tus trazas, tus invenciones.

REY: ¿Es posible que me esperas
y ante mis ojos [te] pones?
Matadla.

REINA: Conde atrevido,
no me llegues a ofender,
que no se ha visto ni oído
que ofendiese hombre a mujer
delante de su marido.

REY: ¡Ah, Catalina alevosa!

¡Ah, pavón de torpes pies!

¡Ah, ingrata y fingida esposa!

¿Cómo puede ser lo que es,
adúltera virtuosa?

REINA: ¿Yo, adúltera? Ya han jurado
en aquesta información
los dos que tienes al lado,
porque el conde y el varón
ya otra vez me lo han llamado.

REY: Bien publican tus extremos
lo que por mis ojos vi.
Los tres tu trato sabemos.

CONDE: Y si es menester aquí,
también lo sustentaremos
que eres adúltera.

REINA: ¡Calla,
lengua maldita! ¡Dios vierta
rayos para castigalla!

REY: Mi infamia, enemiga, es cierta,
y en secreto he de vengalla.

Apercíbete a morir.

[.....]

[..... -ir]

[.....]

[..... -ir]

CONDE: [..... -ena]

[..... -er]

de estas tres la muerte ordena,

de ellas puedes escoger
la mejor.

REINA: Ninguna es buena.

Si por adúltera muerto
sea en fuego y por sentencia,
cumpliendo el romano fuero.
Podrá ser que mi inocencia
obligue a algún caballero.

VARÓN: Concédelo, gran señor,
ya que se entenece y llora,
que los dos en tu favor
sustentamos que es traidora
y que te quitó el honor.

Mañana al campo saldremos,
y a la que tú señalares
tres horas aguardaremos,
no con peto y espaldares
porque armados no queremos,
sino con espadas solas,
hasta ver si hay quién sustente
lo contrario.

REINA: Si arrebolas,
sol, las puertas del oriente
y del mar los golfos y olas,
publica mi honestidad
y virtud por labios de oro;
pues sabes tú la verdad,
y contra el Señor que adoro

si he cometido maldad.

REY: Mi clemencia te socorre
hasta mañana a las tres.
Encerradla en una torre.

REINA: Dame, esposo, aquesos pies.

REY: Vil, ese nombre se borre.

***Vanse, y salen don FELIPE, doña JUANA,
CARLOS y acompañamiento***

FELIPE: Dejad el coche en el llano
y en esta verde espesura,
que en invierno y en verano
ve el sol, aunque lo procura,
con su rostro soberano,
mueran aquestos traidores.

CARLOS: (Éste es, señora, el francés, **Aparte**
del duque amigo; no llores).

FELIPE: ¿Cuál es el culpado?

CRIADO: Éste es.

FELIPE: Hacéos aparte, señores.

Hombre, el rey manda que mueras.

Bien te puedes consolar
si el delito consideras.

JUANA: Si la muerte me has de dar,
aquí estoy, señor. ¿Qué esperas?

No me quiero defender

aunque me mates y ofendas;
y pues forzoso ha de ser
el morir, quiero me entiendas
que soy mujer.

FELIPE: ¿Tú? ¿Mujer?

JUANA: Yo mujer, y soy esposa
del duque Mauricio.

FELIPE: Cielos,
¿tú eres doña Juana hermosa
de Aragón? ¡Dejadme, celos,
sierpes del alma rabiosa!

 ¿A mis manos has venido,
fiera ocasión de mis quejas?
Soy a quien has ofendido,
y el desdichado a quien dejas
condenado a eterno olvido.

 Don Felipe de Cardona
soy, y quien dejó en Navarra
una infanta y su corona
por la aragonesa barra
y su divina persona.

JUANA: Señor, pues me trujo el cielo
a vuestras manos, por dar
a mis desdichas consuelo,
si el llanto me da lugar,
a vuestra clemencia apelo.

FELIPE: Enemiga, es imposible;
que cuando me ruegas más

estoy más fiero y terrible,
pues en mis manos estás,
que todo al tiempo es posible.

En ellas has de morir
porque sepas guardar fe.
[..... -ir].

JUANA: Si te escribí y avisé,
y te tardaste en venir,
y mi padre me casó
con el duque tu contrario
que más aprisa llegó,
quéjate del tiempo vario.

FELIPE: [Eso] mismo digo yo.
Ese hombre, amigos, dejad,
y con secreto en el coche
os volved a la ciudad;
que yo aguardo de la noche
la funesta oscuridad.

Y al rey le diréis que quedo
su justicia ejecutando.

CRIADO: Así lo haremos.

[Vanse los CRIADOS]

CARLOS: Pues puedo,
los pies me dan, aunque temblando
estoy de pena y de miedo.

Ya pienso que mi señora
te ha contado la verdad.

FELIPE: Pues ha de morir agora,
y ya su inmensa beldad
lágrimas de sangre llora.

La verde muerte te dejo,
quédate a Dios, que con ella
por la espesura me alejo.

CARLOS: ¿Quién la razón te atropella?
Ya de tu valor me quejo.

FELIPE: Quédate.

JUANA: Carlos honrado,
queda a Dios.

CARLOS: Señora mía,
perdona; que estoy atado.

FELIPE: Ingrata, llegó mi día,
y en él quedaré vengado.

Vanse y queda CARLOS

CARLOS: ¿Vióse mayor desventura?
Traidor, ¿ésta es la lealtad
y ésta es la amistad segura?
Pero la santa amistad
poco en los traidores dura.

¡Qué te he dejado llevar!
¡Qué con mi boca y mis dientes

no puedo al traidor matar!

Sale el DUQUE

MAURICIO: Limpias y parleras fuentes,
dejadme de atormentar.

En todas partes os veo
con las guijas resonando,
y como temo y deseo,
celoso estoy, envidiando
vuestro dichoso himeneo.

CARLOS: ¡Cielos, suspenso he quedado!
Ya sospecho que el jüicio
o la vista me ha faltado.
¿No es éste el duque Mauricio?
¡Él es! ¿Si ha resucitado?
¡Caballero!

MAURICIO: ¿Carlos mío?

CARLOS: ¿Que estás vivo? ¿Que eres cierto
el duque, o es desvarío?

MAURICIO: Bien dices, que un vivo muerto
es como puente sin río.

CARLOS: ¿No te vi muerto, señor,
a estocadas?

MAURICIO: Pues me ves
vivo, no; porque el valor
de un generoso francés

me dio vida y me dio honor.

Cubierto con mi vestido
cierto lacayo gascón,
Carlos, fue el muerto fingido.

CARLOS: En infelice ocasión,
señor, a verte he venido.

MAURICIO: ¿Quién te ató de aquesta suerte?

CARLOS: A mi señor y a mí
el rey indignado y fuerte
nos mandó sacar aquí,
señor, para darnos muerte;
al francés nos entregó,
tu amigo.

MAURICIO: ¿Y mi doña Juana?

CARLOS: Ya murió.

MAURICIO: ¡No viva yo!
¡Ay, mi vida! ¿Qué inhumana
sentencia la muerte os dio?
¿Por dónde entró?

CARLOS: Por allí.

MAURICIO: Sígueme.

CARLOS: Pondré en los pies
el viento mismo.

MAURICIO: ¡Ay de mí!

CARLOS: Pero aguarda, que el francés
viene, mi señor, aquí.

Sale don FELIPE

MAURICIO: Amigo, ingrato traidor,
francés en engañoso pecho,
que por darle muerte al alma
dejaste vivo mi cuerpo.
Palabra escrita en el agua,
fiero verdugo sangriento
de aquel ángel que ya pisa
las bóvedas de los cielos,
¿para qué me diste vida
si [tú ya] me [tienes] muerto?
Mete mano, francés falso,
que aquí te aplazo y te reto
de alevoso y de traidor
en obras y en pensamientos.

FELIPE: Repórtate y ten la espada,
que ya nos sobraré tiempo
de que riñamos los dos,
que ha días que lo deseo.

Sale FRISÓN

FRISÓN: Huelgo de encontraros juntos,
que yo sospecho que el cielo
os ha querido juntar
no, señores, sin misterio.

De Nápoles vengo agora,
y está Nápoles revuelto;
que han acusado a la reina
dos traidores de adulterio.
En la plaza de palacio
se ven dos tronos cubiertos,
uno de alegres brocados,
y otro de lutos funestos.
Y entre aquestos dos teatros
se muestra un palenque estrecho,
donde los dos alevosos
quieren sustentar sus yerros.
Dicen que a la reina hallaron
en un oscuro aposento,
despidiéndose y llorando
de un flamenco caballero,
a quien dio muerte la guarda,
y cierto francés que entiendo
que por orden de su alteza
le hizo matar en secreto.
Y la desdichada reina
ha llegado a tal extremo
que no hay quién su causa ampare,
señores, en todo el reino.
Tres horas tiene de plazo
aqueste alevoso reto,
que a las seis se cierra el campo
y a las tres estará abierto.

CARLOS: La duquesa, mi señora
era aquélla.

FELIPE: Yo la he muerto
en traje de hombre vestida.

MAURICIO: El seso y paciencia pierdo.
¡Oh, inocente señora,
por ti en el campo me ofrezco
a defender tu virtud
y tus castas pensamientos!
Y después de haber cortado
las lenguas que te ofendieron,
la muerte de doña Juana
he de vengar.

FELIPE: Yo te espero
en campaña al otro día,
al sacar el alba Febo.

MAURICIO: Ven, Carlos.

FELIPE: Vamos Frisón,
que en venganzas no me meto.

***Vanse y salen el REY, ASTOLFO, y alabarderos, la
REINA, enlutada. Está un trono aparte y siéntanse***

ASTOLFO: No pensé, gran señor, que me llamabas
para suceso tan funesto y triste.

REY: Marqués, para mi honor es muy alegre;
que quiero que los grandes de mi reino

ASTOLFO: Ya, mujer, tu marido te ha dejado,
y sus agravios deja a la justicia.
Si tú la tienes, Dios te favorezca,
y si no, te castigue. "Amén" responde.

REINA: Amén.

ASTOLFO: Cubridla con aquese manto,
y sobre ese teatro levantadla,
porque la pueda ver el pueblo todo,
cumpliendo con la antigua ceremonia.
Pueblo, aquésta que veis aquí presente
es la mujer del rey. Todos miradla.
Ninguno agora su mujer la llame
hasta que en campo quede averiguado
la mentira y verdad de aqueste caso.

CRIADO: Ya al son de trompas y cajas
vienen el Varón y el Conde.

Salen el VARÓN y el CONDE

REY: Descubridles esos pechos
y miradles los estoques.

ASTOLFO: ¿Qué sustentáis?

VARÓN: Sustentamos,
Marqués, aquí, como nobles,
que es adúltera la reina.

REY: No le deis aquese nombre,

Catalina la llamad.

ASTOLFO: Aguardad que los relojes
den las seis por ver si alguno
a Catalina socorre.

VARÓN: Aquí los dos aguardamos
hasta que venga la noche.

REY: ¿Es atambor el que suena?

ASTOLFO: Y tras él también un hombre.

CONDE: ¿Hombre dices? (¡Vive Dios, **Aparte**
que es malo!)

Salen el DUQUE y CARLOS

MAURICIO: A tus pies se pone
un caballero.

REY: ¿Qué pides?

MAURICIO: Campo contra estos traidores,
que yo les daré a entender
que la reina corresponde
a su virtud, y ellos digan
aquí que mienten, a voces.

ASTOLFO: Otro atambor se escucha,
y sin que el vulgo estorbe,
otros caballeros entran
tras de él.

VARÓN: (Ya mis temores **Aparte**
son ciertos).

CONDE: Varón, ¿qué dices?

VARÓN: Que otro viene al campo, Conde.

*Salen don FELIPE con la cara tapada, FRISÓN
y doña JUANA [también tapada]*

FELIPE: La fama de la virtud
de la reina, que en los orbes
no deja de derramarse
entre todas sus naciones,
hoy me trae a defenderla
para que la estimes y honres,
y a que sepas que es mujer
a la que abrazaba anoche.

REY: ¿Qué pides?

FELIPE: Campo, señor,
contra los dos agresores
de esta traición.

VARÓN: (Yo soy muerto). **Aparte**

REY: Alto, las trompetas toquen,
y habéis visto espada y peto.

[Riñen]

VARÓN: No hay quien resista sus golpes;
rendido estoy.

CONDE: Yo estoy muerto.
Castigó a mi culpa enorme.

VARÓN: Di que testimonio fue,
por tratarnos con rigores
su alteza.

REY: Arrojadlos luego,
tras de un infame garrote,
en el fuego que aguardaba
a mi esposa honesta y noble.

VARÓN: Justo castigo es del cielo.

[Llévanlos]

REINA: Dios los inocentes oye.
Dadme, fuertes caballeros,
esos brazos vencedores.

REY: Volved, reina a vuestro asiento,
porque en él mi reino os honre.

FELIPE: Agora, supremo rey,
te suplico que me otorgues
el campo que le ofreciste
al marqués Astolfo, y borre
mi agravio de las memorias
de todos los españoles.

REY: Pues, ¿quién eres?

FELIPE: Don Felipe
de Cardona. [..... o-e]

ASTOLFO: [.....] Así es verdad.

REY: Pues tú, Astolfo, ¿le conoces?

ASTOLFO: Sí, señor, porque es mi primo.

REY: ¿No es éste el francés?

FELIPE: [En] nombre;
que en sangre soy español.

REY: No hay de quien venganza tomes
si el duque es muerto.

FELIPE: No es muerto,
vivo está.

REY: ¿Vivo? ¿Y a dónde?

MAURICIO: Aquí estoy.

ASTOLFO: ¡Válgame el cielo!

FELIPE: Astolfo, no te alborotes,
que hasta hacer el desafío
hice estas transformaciones
porque el duque no muriese,
y agora que Dios nos pone
en estacada, es razón
que vengue a mi hermano noble.

MAURICIO: Yo la alevosa muerte
de mi esposa, que en los montes
mataste.

FELIPE: El rey lo mandó;
el rey, duque, te responde.

REY: Hice matar la duquesa
porque entendí que era hombre,
y quiero que en pago suyo

con mi hermana se despose.

MAURICIO: Aunque casarme no quiero,
es bien que a tus pies me postre
por la merced, y en el suelo
pido de mis sinrazones
a don Felipe perdón
y rindo pecho y estoque,
y en venganza de su hermano
quiero que el cuello me corte.

FELIPE: Yo os perdono y doy mis brazos.

REY: Yo a la infanta [le] doy en dote
los estados del Varón.

REINA: Y yo al duque los del conde.

FELIPE: Pues ya que estoy satisfecho,
quiero que a tu esposa goces,
que está viva aunque te dije
que le di muerte en los montes.

MAURICIO: ¡Esposa del alma mía!

REY: Hoy Nápoles se alborote
con festines y saraos.

REINA: Amiga, Dios nunca esconde
la verdad.

JUANA: Tu gran virtud
da soberan[os] olores.

MAURICIO: Doña Inés es tuya, Carlos,
y una villa.

FRISON: ¿Y a este pobre
lacayo, no le darán

unas calzas de anascote?

MAURICIO: Quiero que todos los años,
Frisón, de mis rentas cobres
dos mil ducados.

FRISÓN: El cielo,
señor, los años te doble,
que es razón; que aquí comience
la casa de los Frisones.

FELIPE: La adúltera virtuosa
que en Nápoles vive en bronce
es ésta, y el autor pide
que os pida perdón, señores.

FIN DE LA COMEDIA

Electronic text by **Vern G. Williamsen** and **J T Abraham**

vwilliam@u.arizona.edu

or

JABRAHAM@ccit.arizona.edu